

THOMAS WHIGHAM

LA GUERRA
DE LA TRIPLE ALIANZA
VOLUMEN II



El triunfo de la violencia,
el fracaso de la paz

taurus



PARA TULIO HALPERÍN DONGHI,
MI PROFESOR HACE MUCHOS AÑOS,
CUYO EJEMPLO CONTINÚA INSPIRÁNDOME.

INTRODUCCIÓN AL SEGUNDO VOLUMEN

Las guerras tienden a comenzar con entusiasmo y terminar con tristeza. El viaje de un extremo a otro va marcando a los pueblos a cada paso, moldeando su identidad en algo nuevo y a menudo más mecánico, dejando de lado sus singularidades y pasiones y reemplazándolas con frías estadísticas de hombres heridos y muertos. Antes que destruir a un pueblo, la guerra lo deshumaniza, le roba sus cualidades más apreciadas e, inevitablemente, los individuos de carne y hueso, de nombre y apellido, los Juan González y los João Mendonça, acaban reducidos al estatus de paraguayos o brasileños, para finalmente ser recordados exclusivamente como «muertos honorables». Esta metamorfosis, en mi opinión, representa una gran pérdida, no solo para el historiador, que está siempre buscando agregar matices y detalles a su análisis, sino también para la sociedad en su conjunto, que, hoy más que nunca, necesita cultivar su sentido de simpatía y compasión.

La guerra destruye, pero también transforma. Amolda los acontecimientos a nuevos patrones, nuevas configuraciones que reemplazan ortodoxias y suposiciones previas, y que también hacen posible la emergencia de nuevos desafíos. En este sentido, la Guerra de la Triple Alianza no fue diferente a ningún otro conflicto a gran escala. Para el participante medio, comenzó como una aventura, una oportunidad para campesinos y pastores de forjar la ilusión de la grandeza de otra Agincourt. Para los líderes de todos los bandos, como una ocasión para salvar el orgullo herido y dejar una huella heroica y gloriosa para la posteridad.

Tomó menos de un año frustrar estas expectativas de gloria. Para fines de 1865, los paraguayos ya habían dedicado un tiempo considerable a ponderar su futuro inmediato. Sus ejércitos habían ocupado exitosamente los distritos sureños de Mato Grosso, y ciertas áreas de Corrientes y Rio Grande do Sul, pero ya habían sido repelidos y devueltos a su margen del Alto Paraná. Ahora se veían forzados a mantenerse en una postura defensiva que no albergaba más que peligros. Y si pretendían sobrevivir, tenían que prepararse para reescribir sus propias reglas y transformarse en una nueva clase de soldados, una nueva clase de ciudadanos y una nueva clase de paraguayos. El segundo volumen de este estudio se enfoca en cómo consiguieron ese objetivo, cómo respondieron, por su parte, los aliados a esos cambios y, para bien o para mal, cómo se mantuvieron en pie ambos bandos durante un cerco que pareció interminable.

Los aliados se sentían exultantemente optimistas cuando comenzó el año 1866. Los paraguayos habían agotado sus opciones diplomáticas y los brasileños y argentinos habían aislado al país con un impenetrable bloqueo. El apoyo que el mariscal Francisco Solano López esperaba encontrar fuera de su país se volvió ilusorio. Nunca fue más allá de las meras palabras. Y ahora había perdido la mejor parte de su flota fluvial y entre 30.000 y 40.000 hombres, muertos, heridos o desaparecidos.[1] La disentería golpeó a muchos de los sobrevivientes y casos de sarampión y viruela habían brotado en las filas. López incluso sostenía —de manera poco convincente— que los aliados habían enviado deliberadamente tropas infectadas a través de las líneas para introducir la viruela en el Paraguay.[2] Tales ligerezas usualmente provendrían de un comandante derrotado y, de hecho, así era como los observadores extranjeros uniformemente caracterizaban la situación. A sus ojos, todo llevaba hacia un pronto fin de las hostilidades, fuera a través de la negociación directa o de un franco reconocimiento de los hechos militares.

Sin embargo, la lucha continuó. Si bien la conveniencia de la paz ocupa un lugar casi constante de preferencia en las mentes y los corazones de los diplomáticos y estadistas, así como en los de ciertos historiadores de la actualidad que esperan encontrar patrones incuestionables en los nebulosos eventos del pasado, tal racionalización no convenía al soldado paraguayo de 1866 ni a los generales, ambiciosos en todos los bandos, y sedientos de otra ronda de gloria. En este caso, las aspiraciones sobrepasaron los temores, una triste realidad por la cual López y los líderes aliados deben compartir la culpa.^[3]

Como se mostró en el primer volumen, el emperador brasileño, don Pedro II, consideraba la lucha contra el Paraguay como una especie de cruzada personal. Don Pedro era un hombre sensato, si bien algo irritable, y, como soberano, sumamente consciente de sus responsabilidades y prerrogativas. Veía a su país como un reino iluminado, más allá de sus fallas y debilidades, cuya dignidad el mariscal había ofendido con su invasión a Mato Grosso y Rio Grande do Sul. La inmensidad física del Brasil podría haber mitigado la necesidad de responder tales provocaciones, pero lo cierto era que su régimen imperial tenía una estructura política sorprendentemente frágil, más parecida a una pieza de porcelana que a un cincel de hierro. La esclavitud, la pobreza y el aislamiento ya habían socavado la reputación del Brasil a los ojos del mundo; en nada ayudaría agregar también una señal de debilidad en relación con los vecinos. Para ponerse por encima de estos defectos, permitir al noble espíritu de su imperio brillar a través de ellos y esparcir la civilización en un pueblo inculto, Pedro necesitaba una victoria absoluta sobre el Paraguay. Para él, la ruta hacia el futuro del Brasil solamente podía trazarse a través de Asunción. No era tanto una cuestión de búsqueda de venganza de Pedro contra Solano López como una forma de poner el mundo en su lugar. Con ello en mente, él y sus ministros, que debieron haber tenido mayor sabiduría, se volvieron prisioneros de sus propias políticas y delirios.

Bartolomé Mitre, el presidente argentino y comandante general aliado al principio del conflicto, era de un corte menos ilustre, pero más cosmopolita. Sus antecedentes no eran nobles, sino burgueses. Se había criado en las descarnadas disputas políticas en las que participó durante su exilio en Montevideo en los 1840 y 1850, tras lo cual cambió su camisa ensangrentada por una levita de culto estadista. Incluso ahora se sentía más a gusto escribiendo diatribas en las oficinas editoriales de su periódico, *La Nación Argentina*, o en una mesa de debate. Un austero y distante palacio no ejercía atracción en él. A diferencia del emperador, Mitre veía la lucha contra el Paraguay en términos políticos, y como el consumado maestro de ajedrez que era, trataba a los ejércitos como peones que podían ser útilmente sacrificados en pos de la ganancia requerida. Así había sido durante los 1850, cuando sus partidarios derrocaron a un conjunto de caudillos rurales y neutralizaron a otros tantos. La expulsión de López de Corrientes le dio una palanca todavía mayor sobre sus oponentes domésticos en la Argentina y no podía permitirse desaprovechar esta ventaja. Tampoco pretendía conceder a los brasileños más de lo que ya les había conferido. Tomar Asunción podía debilitar a sus enemigos en todos los flancos. Podía incluso preparar al Plata para una unificación bajo la hegemonía porteña.

Tales pensamientos eran estimulantes para Mitre, pero comprensiblemente repulsivos para López. El mariscal se había lanzado a la guerra en un intento ilusorio de imponer —o mantener— un equilibrio de poderes en la región. En su opinión, las fuerzas liberales supuestamente progresistas del Plata, tal como estaban representadas por los oligarcas de Buenos Aires, iban de la mano con la monarquía para reprimir el verdadero republicanismo americano en la región. Los problemas en el Uruguay, por lo tanto, eran un augurio de potenciales oportunidades, como también de graves peligros. De oportunidades porque ahora López podía ganar para el Paraguay su legítima porción de poder y prestigio, y de peligro porque nadie podía predecir quién emergería victorioso en una contienda de tres o cuatro par-

icipantes. Pasara lo que pasara, el enemigo tenía que ser combatido tanto en las palabras como en los hechos.

Cuando los aliados presionaron fuertemente sobre la frontera paraguaya, el carácter de la guerra cambió; pero no el del mariscal. Su familia había gobernado el Paraguay desde 1841, liderando el salto que dio el país del siglo diecisiete al diecinueve. Había muchos beneficios relacionados con esta modernización, pero también muchos costos, de los cuales sin duda Francisco Solano López era uno. Sus caprichosos y viscerales impulsos, tan notorios en su juventud, todavía dominaban su corazón. Lo atraían las mujeres y los uniformes como los juguetes a un niño, y, como un niño, era incapaz de admitir un error. De ahí que, para él, los reveses de su ejército en Corrientes y Rio Grande fueron culpa de subordinados, contra quienes invariablemente dirigió una cascada de invectivas. Tras la derrota de Uruguaiana, hizo recaer toda la responsabilidad en Antonio de la Cruz Estigarribia, el coronel que se había rendido y entregado la plaza, amenazándolo con graves consecuencias si alguna vez caía en manos paraguayas y mandando a la calle a su esposa y familia. Posteriormente, hizo una rabiosa advertencia a los oficiales reunidos en Humaitá:

«Estoy trabajando por mi país, por el bien y el honor de todos ustedes, y nadie me ayuda. Estoy solo, no confío en ninguno de ustedes, no puedo confiar en nadie entre ustedes». Y luego, inclinándose hacia adelante y levantando su puño apretado, blanco de tensión, gritó, «¡Cuidado! Hasta aquí he perdonado ofensas, me he regocijado perdonando, pero ahora, desde este día, no perdono a nadie». Y la expresión en su rostro duplicaba el poder de sus palabras.^[4]

Había cálculo, además de mal temperamento en esta actitud. López sentía que la muchedumbre, entre la cual incluía a sus hombres, debía ser liderada tanto por el ejemplo como por el terror.^[5] Por su parte, los aliados imaginaban que un amplio patriotismo inspiraba a sus soldados. Si este hubiera sido el caso, habrían tal vez usado en su favor la predilección del mariscal por usar la violencia contra su propio pueblo. En una carta a Washington, el ministro de Estados Unidos en Asunción se refirió a la común presunción

entre los oficiales aliados de que la obstinación paraguaya se debía a «un temor y una creencia supersticiosos de que si desobedecían las órdenes caerían tarde o temprano en manos de López y serían sometidos a inconcebibles torturas».[6] Sin duda esta situación favorecía a la causa aliada.

Circulaba el rumor, supuestamente propagado por los aliados, de que López había convencido a sus soldados de que aquel que muriera en un glorioso combate por la patria resucitaría en Asunción. Este absurdo cuento, que sugería que para los rústicos soldados la ciudad capital sustituía a los Campos Elíseos, esparció prejuicios sobre la sociedad paraguaya más allá de toda medida y paciencia.[7] La realidad era que los paraguayos estaban motivados por fuertes sentimientos de lealtad, primero, al mariscal, y, segundo, a toda la comunidad de paraguayos. Esto último creció y se convirtió en un desarrollado nacionalismo durante el curso de la guerra. Fue la envidia de los comandantes aliados, quienes jamás pudieron contar con niveles similares de compromiso por parte de sus propias tropas.

La constancia, por supuesto, no es sino uno de los elementos en la guerra. La operación de los ejércitos y los esquemas logísticos también merecen la máxima atención. El ingeniero militar británico George Thompson, quien habría un día de elevarse al rango de coronel en el personal de López, contó cuán agradecidos se sentían los hombres del mariscal a fines de 1865 de volver al Paraguay, aunque su fatiga era innegable. Miles de sus compatriotas habían caído en Corrientes, Rio Grande y Mato Grosso. Pero los sobrevivientes nunca se hundieron en el sentimiento de depresión que vacía al ejército de la voluntad de pelear. Reagrupándose cerca del perímetro de Humaitá, descansaron, obtuvieron mensajes de sus familias y recibieron atención médica.[8] Los heridos más graves fueron evacuados a Asunción o al campamento central del ejército en Cerro León. Los casos confirmados de viruela y cólera también fueron al norte para ser tratados por oficiales médicos del mariscal, varios de los cuales eran británicos.

Los que se quedaron en Humaitá inicialmente tuvieron mucha comida. Los oficiales ordenaron a los hombres reforzar las defensas en el campamento principal y despacharon nuevas unidades para los trabajos auxiliares en Itapirú y Santa Teresa, ambos sobre el río Paraná. Otros 3.000 hombres bajo el mayor Manuel Núñez cabalgaron al este hacia Encarnación para prevenir ataques aliados que pudieran llegar a través de las Misiones. Un período de descanso, seguido por otro mayor de trabajo duro, revivieron a las tropas paraguayas. Y sus comandantes ahora tenían suficiente tiempo para prepararse para un largo sitio en una posición que los observadores consideraban inexpugnable.

Los paraguayos esperaban un ataque, pero no tenían idea de cuándo podría ocurrir. Por lo tanto se movieron rápidamente, reacondicionaron las ocho baterías en Humaitá con gaviones de tierra compactada. Los soldados construyeron una nueva serie de polvorines y cavaron algunas trincheras rudimentarias. Lo que restaba de la armada del mariscal se ocupó febrilmente del apoyo logístico, transportando municiones y alimentos desde Asunción.[9] Rebaños de ganado y caballos fueron igualmente llevados al sur por serpenteantes caminos a través de los esteros del Ñeembucú hasta Humaitá.

Para repeler cualquier invasión aliada, el mariscal necesitaba fortalecer sus defensas a lo largo del Paraná. Su padre había establecido hacía tiempo un puesto militar en Itapirú, en la más corta de las rutas de posible penetración desde los campamentos aliados en Corrientes. Este mismo «fuerte» había sido testigo de una confrontación armada con el buque de guerra estadounidense *Water Witch* a finales de los 1850, y el joven López nunca había olvidado su significación estratégica. Ahora despachó a sus ingenieros europeos para preparar baterías ocultas en las cercanías de Paso de la Patria. Hicieron «un buen trabajo, con baluartes y cortinas, apoyados en medio de dos lagunas y un infranqueable carrizal, con treinta cañones de campaña» y otras piezas más pequeñas.[10] No era un Sebastopol, ni siquiera una Humaitá, pero parecía bastante fuerte para resistir un

asalto concertado. Antes de que los aliados pudieran siquiera pensar en incursionar en territorio paraguayo debían atravesar este obstáculo.

López había tomado personalmente el comando de su ejército y dirigía los trabajos en Paso de la Patria. Gracias a una nueva campaña de reclutamiento, había reunido a otros 30.000 hombres de uniforme colorado para agregar a los que ya tenía en Humaitá, lo que le proporcionaba 18 batallones de infantería, 18 regimientos de caballería y dos de artillería.[11] Aunque su ejército ahora incluía un buen número de hombres mayores y niños en sus trece años, en términos cuantitativos representaba un formidable desafío para los aliados. La mayoría de las nuevas tropas llegó a Paso para diciembre de 1865 e inmediatamente comenzó a cultivar los campos adyacentes con maíz nativo, maní, batata, mandioca, garbanzos y otros rubros. También construyeron cientos de ranchos de paja, una amplia línea de trincheras y montaron sesenta piezas de artillería en puntos estratégicos.[12] Claramente pretendían quedarse por mucho tiempo.

Del otro lado del Paraná, las preparaciones aliadas eran más espasmódicas. Escaseaban los caballos, las municiones y los alimentos. En su retirada de Corrientes, los hombres de López habían vaciado las granjas y estancias de la provincia de todo lo que tenían, incluyendo unas 100.000 cabezas de ganado que arrearon a través del río Paraguay.[13] Los intendentes brasileños, argentinos y uruguayos necesitaban provisiones y no podían compensar estas pérdidas de inmediato. Para peor, fuertes lluvias interrumpieron el flujo de suministros por tierra, lo que dejó a las tropas aliadas a expensas de lo que transportaban río arriba buques mercantes o navales, un apoyo que siempre parecía inadecuado y otorgado de mala gana.[14]

Al final, los aliados necesitaron cinco meses para establecer apropiadamente sus bases de vanguardia en Corrientes. El gobernador entrerriano Justo José de Urquiza, alguna vez la figura más poderosa de toda la Argentina, proporcionó la mayor parte del ganado y los caballos para

los campamentos. Inicialmente también envió hombres, supuestamente algunos de los más recios y experimentados guerreros de la región. El despliegue de estas tropas, sin embargo, distaba de ser una bendición. El presidente Mitre, como comandante general aliado, lideraba un ejército que incluía porteños, uruguayos, brasileños, una variedad de provincianos argentinos e incluso algunas pequeñas unidades de paraguayos antilopistas. Era una mezcla casi inmanejable. Las unidades entrerrianas ya se habían desbandado en Toledo y Basualdo unos meses antes y parte de los hombres recapturados habían sido obligados a reunirse con las unidades aliadas reagrupadas en Corrientes. Muchos provincianos argentinos —no solo los entrerrianos— detestaban a los brasileños, de quienes sospechaban designios expansionistas en el Litoral.^[15] Para estos hombres, López era el peligro menor y, de hecho, sus ideas políticas tenían más en común con las suyas que con las del Gobierno Nacional Argentino. Ahora que los paraguayos habían abandonado Corrientes, la amenaza inmediata había terminado. Mitre debería negociar un rápido fin del conflicto, pensaban, antes que dejarse llevar como una mansa oveja por los brasileños.

Por su parte, las tropas de Pedro se sentían incómodas bajo el comando argentino. La mayoría de los oficiales —y ciertamente la mayoría de los ministros del gobierno— lamentaban la concesión del emperador en Rio Grande, que permitió a Mitre mantener el comando sobre las fuerzas aliadas en suelo brasileño. Correspondían a los malos sentimientos que les dirigían a ellos y se erizaban ante cada muestra de arrogancia argentina. Los problemas internos en las provincias del Litoral no les concernían; sí la prosecución de la guerra contra el Paraguay.

Cuanto más tiempo estuvieran estas tropas sin pelear contra el enemigo común, más alta era la chance de los paraguayos de ver al ejército aliado disolverse como una fuerza coherente. La triple alianza de Brasil, Argentina y el recientemente conquistado Uruguay ligaba a los tres gobiernos, pero la cooperación entre los ejércitos era esquiva. Es-

te hecho estaba constantemente en la mente de Mitre cuando planeaba su siguiente movimiento.

Algunos brasileños querían actuar rápido. Ya el 9 de septiembre de 1865, el ingeniero militar André Rebouças presentó al gobierno imperial un «Proyecto para la Pronta Conclusión de la Campaña contra el Paraguay». El plan era un modelo en su tipo, un simple, directo y desapasionado recuento de las fortalezas y debilidades de los aliados y de López. Rebouças sostenía que los reveses en el campo de batalla habían puesto la moral de los paraguayos en su punto más bajo desde que comenzó el conflicto. Las armas capturadas del enemigo, observó, eran de lo más inadecuadas: viejos mosquetes, cañones de alma lista, sables hechos localmente y lanzas de tacuara. Todo esto contrastaba con los ejércitos aliados, que conformaban una fuerza vigorosa y bien equipada, lista para avanzar al norte en el momento que se le indicara.

Rebouças reconocía que ciertas deficiencias, como la falta de adecuadas cabalgaduras, podían demorar el avance aliado. Pero esta era una cuestión menor. Los acorazados brasileños podían pulverizar las fortificaciones debajo de Humaitá como los yanquis hicieron en Fort Henry durante la Guerra Civil de Estados Unidos. Un corto pero constante sitio sobre la fortaleza comenzaría una vez que los aliados cruzaran al Paraguay. Después de eso, el mariscal se rendiría y la guerra terminaría.[\[16\]](#)

Rebouças era un favorito personal del emperador, un profesional afrobrasileño operando con gran éxito en un ambiente profundamente racista. Sin embargo, pese a su carácter excepcional, no era el pensador más innovador y sus planes para la campaña paraguaya reflejaban el cálculo militar aceptado entre los brasileños.

En contraste con Rebouças y sus asociados, los argentinos estaban decididamente menos convencidos de la posibilidad de un rápido fin de la guerra. Ellos habían peleado contra los paraguayos antes, en 1849, y en esa ocasión los soldados descalzos del padre de López habían arrasado varias aldeas correntinas antes de retornar a casa. No actua-

ron como la clase de hombres que se quebraban fácilmente ante una fuerza superior y no había razones para esperar que así lo hicieran esta vez.[17] Los argentinos también comprendían mejor que los políticos de Río de Janeiro las dificultades del terreno que necesitaban atravesar si los navíos aliados no lograban forzar el paso por el río. Quizás más crítico todavía, los argentinos reconocían sus propias debilidades domésticas mejor que sus aliados. A pesar de la precipitada predicción de Mitre, «en veinticuatro horas en los cuarteles, en quince días en la frontera, en tres meses en Asunción», [18] al ejército nacional argentino le faltaba bastante para estar totalmente operativo. Había sido establecido apenas en 1864 y todavía estaba muy mal preparado para una dura campaña. Y lo peor de todo, carecía del apoyo incondicional del público.

Los líderes argentinos calladamente percibían lo que debía haber sido obvio: que la guerra no había logrado captar un respaldo uniforme ni en su país ni en el Brasil. Una reacción dividida podía ser eventualmente el talón de Aquiles de toda la campaña. El público brasileño inicialmente respondió a la guerra con entusiasmo, ofreciendo al gobierno todo, desde buenos deseos hasta dinero y camisas para las tropas.[19] Los rangos se llenaron de miles de *voluntários da pátria*. Pero pocos notaron que la simpatía por la campaña era mayor en las provincias colindantes con el Plata. Los hombres cuyas familias tenían propiedades en la Banda Oriental del Uruguay veían la lucha contra el Paraguay como algo razonable, incluso atractivo. En Pernambuco y otras áreas del norte y el nordeste, las evasiones y la general apatía eran ya evidentes. Los *sertanejos* nordestinos eran individualistas, como los gauchos de las pampas, y su unidad comunitaria era el clan. Esa era su fortaleza como pueblo, pero su debilidad como nación, porque no podían pensar más allá. Incluso ahora, cuarenta años después de la independencia, todavía encontraban penoso subordinar sus intereses a los de Río de Janeiro. Y a diferencia de los sureños, cuyo propio país fue invadido por López, aquellos hombres consideraban al Paraguay como un lugar extrema-

damente lejano. Periódicamente se unían a los abusos verbales contra el mariscal, pero mostraron poco apego por la causa y enviaron pocas tropas.

En Argentina y Uruguay la situación era peor, con grandes porciones de la población o bien indiferente o bien apoyando secretamente a López. Las facciones «americanistas» gozaban de considerable respeto en las provincias del Litoral e incluso, aunque en menor medida, en Buenos Aires. Ni el famoso jurista Juan Bautista Alberdi ni el impetuoso hijo de Urquiza ni José Hernández, futuro autor del poema épico *Martín Fierro*, hacían esfuerzo alguno por ocultar su disgusto por la postura probrasileña del gobierno nacional. Y no eran los únicos disidentes. En las provincias occidentales, la desconfianza era profunda. Los representantes locales de Mitre en muchas ocasiones tuvieron que usar grilletes de hierro para cumplir con sus obligaciones de reclutamiento.[20] En cuanto a la Banda Oriental, la opinión pública mantenía que la participación de Uruguay en la Guerra del Paraguay era la manera que tenía el Partido Colorado de pagar su deuda política con Mitre y los brasileños.[21] En ningún momento los uruguayos manifestaron simpatía por el conflicto.

El sentido de incertidumbre que imperaba en los países aliados no tenía paralelo en el lado paraguayo. Desde una distancia de más de ciento cuarenta años es fácil acentuar el aspecto autoritario del régimen de López para explicar la cohesión de la respuesta paraguaya a la guerra. Pero no se puede sostener que la intimidación fue por sí misma el factor fundamental que llevaba al pueblo paraguayo a la lucha. Los paraguayos aceptaron la carga de defender su país porque ello se les presentó como algo natural y lógico. Veían sus hogares y su forma de vida amenazados en una forma fundamental, y por tanto consideraban legítimo y honorable cualquier sacrificio para repeler a los invasores extranjeros. Quizás esta era una señal de manipulación del pueblo por parte de López. Él era, después de todo, un maestro propagandista que sabía cómo apelar a las masas paraguayas en la lengua guaraní que ellas entendían y

apreciaban. Pero relegar el apoyo popular a la guerra a un reino nebuloso de falsa conciencia desestima el hecho de que los paraguayos habían reflexionado seriamente sobre su situación. Ellos sabían lo que estaba en juego y, si no podían ganar la guerra, quizás al menos podían hacerla imposible de ganar para el enemigo. La negociación no era una opción; tampoco lo era la rendición.

En 1866 el entusiasmo por la lucha ya era algo del pasado, desvanecido junto con los muertos en Riachuelo y Uruguaiana. El sentimiento dominante de tristeza y aprensión comenzaba lentamente a posarse, aunque todavía no se había profundizado. Como este segundo volumen demostrará, sin embargo, las punzadas de desesperación pronto se harían evidentes. Arrasarían la tierra como un terrible raudal y nadie en el Paraguay quedaría indemne. La más negra de las tragedias aguardaba agazapada.